





EL CLUB  
DE LAS SEIS MENOS CUARTO



Antonio Garrido Carrión

EL CLUB  
DE LAS SEIS MENOS CUARTO



Primera edición: julio de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Antonio Garrido Carrión

ISBN: 978-84-19899-14-9

ISBN digital: 978-84-19899-15-6

Depósito legal: M-21525-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para Maite,  
ahora y siempre.*



## Rue Croix-Blanche. Burdeos

Marzo de 1828

Sentada junto a su lecho, Leocadia miraba con ternura a su amado Francisco, sumido ahora en un sopor que lo mantenía tranquilo. Se había despertado de madrugada aterrado, balbuceando de manera incomprensible, sin que el lado derecho de su cuerpo respondiese a los movimientos que, ansiosa y desesperadamente, quería ejecutar. Apoplejía, había diagnosticado el doctor Mercier, que rápidamente acudió tras ser llamado. Procedió a sedarlo con bromuro de potasio, recomendó reposo y un preparado de yoduro de hierro para ser administrado a lo largo de los siguientes días. Al despedirlo, el pronóstico que expresó no la tranquilizó demasiado. Su adorado pintor se encontraba próximo a cumplir los ochenta y dos años, ya la vida le había regalado suficientes achaques y contrariedades como para que su cansado organismo pudiese ahora sobrellevar lo que le estaba aconteciendo.

Al fin algo más relajada, con la habitación en penumbra, podía permitir a su mente dar un espacio a los recuerdos. El marcado sonido de la respiración de Francisco, acompasado con los movimientos de la mecedora en la que lo velaba, actuaba como efectivo metrónomo capaz de evocar un tiempo pasado. Recordó primero el verano en el que lo conoció, en la iglesia de San Ginés con motivo de la boda de su hijo Javier. Ella acudía formando parte del séquito de la novia, su prima Gumersinda; él se acercó para saludarla y fue el momento en el que apreció por vez primera su

mirada: intensa y penetrante, parecía querer traspasarla y descubrir sus más íntimos secretos. Una mirada que, al tiempo, le pareció que expresaba una honda tristeza. Pensó emocionada que, después, a lo largo del tiempo pasado juntos, Francisco había continuado mirándola así: apreciándola, conociéndola. Sobre una muchacha de dieciséis años, un hombre que había rebasado los cincuenta no debería haber ejercido atractivo alguno, sin embargo Leocadia intuyó entonces que albergaba una riqueza interior que atraía intensamente e invitaba a ser descubierta. Apenas intercambiaron algunas frases en aquella ocasión y tardaron mucho tiempo en volverse a ver. Él era un afamado pintor cuya obra se admiraba en todo el país, ella la recién conocida prima de su inminente nuera, nadie en quien reparar demasiado tiempo.

Acudieron después a su mente las imágenes de la boda con Isidoro Weiss, miembro de una familia judía de origen alemán, comerciantes de joyas e instalados en Madrid. Con dieciocho años y un carácter espontáneo y alegre no terminó nunca de encajar bien en el ambiente adusto y protocolario de su nueva familia y la relación con Isidoro se fue enfriando paulatinamente. Él la consideraba superficial, demasiado amiga de fiestas y espectáculos y con escasa responsabilidad para ocuparse de los asuntos domésticos. Leocadia recordaba ahora esa época como un tiempo amargo durante el que su marido, dedicado a los asuntos comerciales y económicos, evitaba cada vez más la vida social. Intentó mantenerla enclaustrada y ella se ahogaba en aquel ambiente gris que la familia Weiss trataba de imponer. Terminó por saltarse las normas establecidas por su marido con la consecuente tensión que esto desencadenó entre ambos. Era joven, necesitaba dar a su vida alegría, disfrutar de los placeres que esta ofrecía y sentirse amada, algo que no consiguió con su marido y que intentó lograr manteniendo una relación con un oficial del ejército francés afincado en Madrid. Tras cinco años de matrimonio, Isidoro acusó legalmente a Leocadia de infidelidad y de mala conducta, hecho que motivó la separación de la pareja. Ella se alojó en una casa aparte, acompañada por

sus dos hijos, Joaquín y Guillermo, y vivía del dinero que el padre de ambos le proporcionaba para su subsistencia y la de los niños. Sin embargo, tras la expulsión de las tropas francesas de España y la reinstauración borbónica con Fernando VII, la familia Weiss cayó en desgracia por su afección napoleónica y sus negocios se vinieron abajo hasta llegar a la ruina más absoluta. Leocadia acogió a Isidoro durante algún tiempo en la casa que ocupaba con los hijos de ambos y entonces fue Francisco el que comenzó a ayudarlos económicamente.

Hacía ya un tiempo que, tras haber enviudado el pintor, Leocadia comenzó a visitarlo. Todavía permanecía en ella la impronta que este había dejado en su interior siendo aún joven. Su continua fama, incrementada por sus problemas con la reinstaurada monarquía, ejercía sobre ella una especial atracción. Él había apoyado abiertamente tanto el régimen bonapartista como la Constitución de Cádiz, ideas que ella compartía plenamente puesto que, tras su separación, la intensa actividad social que, al fin, había desarrollado dando salida a su natural carácter, la habían acercado a los ambientes más liberales. Francisco, encerrado en su carácter taciturno, motivado por la soledad y el rechazo a la situación política, no tardó en abrirse a la joven mujer que le proporcionaba admiración y una visión algo más abierta y optimista de la vida. Iniciaron una relación sentimental que culminó con el tercer embarazo de Leocadia y el nacimiento de la pequeña Rosario. Sonreía al recordar que, al haberse dado el embarazo durante la estancia de Isidoro en la casa que ambos ocupaban, no hubo demasiadas dificultades para que se pudiesen sembrar dudas acerca de la autoría del hecho, ni tampoco para que Isidoro, económicamente en manos de su antigua esposa, accediese a dar su apellido a la niña. Después Leocadia lo dejó definitivamente y, llevándose con ella a Guillermo y a Rosario, se trasladó a vivir con Francisco a la finca y casa que este había comprado en Carabanchel a un tal Pedro Marcelino, propiedad conocida como Quinta del Sordo al padecer el vendedor un acusado defecto auditivo.

Se emocionó al evocar la tranquila felicidad disfrutada en aquella casa. El llamado Trienio Liberal había relajado la situación absolutista impuesta a su regreso por Fernando VII, instaurando un periodo aparentemente constitucional, por lo que la vida de ambos transcurrió agradablemente sosegada. Francisco decoró las paredes con una serie de pinturas que, al venir ahora a su mente, le seguían pareciendo verdaderamente estremecedoras. Brujas, demonios, muerte... Y aquel perro... También la pintó a ella, vestida de Manola. Y vieron crecer a Rosario.

Sin embargo no duró mucho tiempo la bonanza: tras la caída de Rafael del Riego, el rey, apoyado por la nobleza, la iglesia y los terratenientes, introdujeron de nuevo al país en el absolutismo, con mayor saña si cabe, y el acoso a los que habían disentido se hizo más intenso. Por tal motivo, Francisco y Leocadia, junto con Guillermo y Rosario, abandonaron el país rumbo a Francia, tal y como lo hicieron muchos otros amigos que se vieron también obligados a ello.

Un leve quejido interrumpió los recuerdos en los que Leocadia se había enfrascado. Francisco la miraba ahora con intensidad mientras levantaba su brazo izquierdo indicando que se acercase. Al llegar junto a él comprobó que su brazo derecho permanecía inmóvil, sin embargo había recuperado el uso de la palabra, si bien con dificultad y bastante lentitud al expresarla. Con un gesto lo tranquilizó, pero él precisaba hablar con ella y con expresión ansiosa la conminó a que se acercase aún más.

—¿Qué ocurre, Francisco? No te agites, el médico ha dicho que tienes que descansar.

—Leocadia, el testamento...

—No hables de eso ahora, Francisco. —Lo interrumpió, pero él insistía y Leocadia recordó la discusión que habían tenido apenas un año antes. Francisco había testado en España, cuando aún vivía su esposa, y era evidente que Leocadia y Rosario quedarían en precario a su muerte. Su hijo Javier y su familia le profesaban un odio desmedido desde que comenzaron a vivir juntos. Incapaces

de comprender la relación entre ellos, le adjudicaban el papel de mujer joven que engatusa a un hombre mayor para aprovecharse de él.

—Aquel papel... —continuó él.

—Aquel papel que firmaste para modificar el testamento lo rompí porque no me parecía justo lo que proponías, ni para mi hija ni para mí. Pero ahora no es cuestión de hablar de ello, es momento de cuidarte y de que te recuperes.

—¿Recuperarme? —Francisco esbozó una mueca que quería ser una sonrisa—. Otra cosa, Leocadia, las planchas...

—Tenemos tres planchas en la casa, Francisco.

—Las dos que realicé sobre la guerra, las que trajimos de España...

—Sí, sé a las que te refieres.

—Consérvalas para ti y para Rosario, que no las reclame nadie. Os sacarán de apuros económicos. Pero la tercera... —Francisco se agotaba y Leocadia intentó ayudarlo para terminar cuanto antes aquella conversación.

—Sí, Francisco, la tercera es la que hiciste para Zenaida cuando nos visitó aquí, en Burdeos. ¿Qué ocurre con ella?

—No puede verla nunca nadie, me oyes, nadie.

—Pero si ya imprimiste con ella una lámina que Zenaida se llevó.

—Pero estoy seguro de que ella la habrá mantenido oculta. La plancha también debe desaparecer.

—Parece que exageras...

—En absoluto, Leocadia. Tengo un mal presentimiento y me aterra pensar lo que pudiera hacerse con ella en el futuro. Prométeme que te encargarás de que permanezca oculta para siempre. Prométemelo...

Francisco de Goya esperó hasta comprobar que Leocadia asentía con un gesto de su cabeza. A continuación, exhausto, cerró los ojos para proseguir en un agitado duermevela. Leocadia quedó de nuevo sumida en sus propias reflexiones.



## Antigüedades Pavesse

### Abierto desde 1820. Roma-Madrid

Madrid, junio de 2019

Hacía tiempo que José Pavesse quería poner un poco de orden en aquella parte del local al que, por continuada pereza, hacía años que no accedía. Descendió por la escalera que conducía al sótano con sumo cuidado, pues la luz, suministrada por la bombilla que pendía del techo en aquel pequeño vestíbulo del que partía el primer tramo de escalera, era bastante precaria. Por otro lado, era consciente de que, a sus setenta años ya rebasados, las conexiones motoras entre el cerebro y sus piernas no se realizaban con igual presteza que en épocas anteriores. Últimamente, la idea de cerrar el negocio y dedicarse a una vida diletante, le había asaltado ocasionalmente. Nunca se había casado, no tenía descendientes (al menos nunca tuvo noticia alguna en tal sentido tras las múltiples aventuras sentimentales en las que se embarcó, todas ellas transitorias), y sus únicos familiares, un hermano de su madre y su esposa, habían fallecido asimismo sin descendencia. Además, la rama Pavesse había sido escasamente prolífica. Él había sido hijo único, como también lo fue su padre, responsable este del traslado del negocio desde Roma hasta Madrid. Enzo Pavesse quiso expandir el comercio de antigüedades y se trasladó a Madrid, dejando al frente de la tienda en Roma a su empleado de confianza mientras él desarrollaba el negocio en España. Pero las cosas no salieron tal

y como él lo había planeado; el empleado, con su pésima gestión, dio al traste con el negocio en Italia y Enzo se enamoró perdidamente de una madrileña que lo encadenó a su ciudad natal. Aquí nació José, aprendió lo necesario para continuar con el comercio de antigüedades, que desde niño le apasionó, y de esta forma mantuvo la tradición familiar que había comenzado con su bisabuelo y que ahora ya se encontraba plenamente afincada con exclusividad en la capital española.

El pequeño sótano al que se accedía desde la trastienda se encontraba dividido en tres estancias. Tras descender los dos tramos de escalera y acceder al pequeño espacio que las distribuía, José iluminó en primer lugar la situada a la izquierda y fue comprobando lo que esta albergaba. Iba provisto de libreta y lápiz para realizar un inventario de todo lo que allí había almacenado con el paso del tiempo y la escasez de demandantes de tales productos. Tomó nota de lo que iba reconociendo, esencialmente cuadros de tema religioso. A continuación accionó el interruptor del espacio central y empezó a anotar su contenido: numerosas imágenes de santos, de escaso valor, algunos espejos de diverso tamaño y estilo, y pequeñas cajas de diferentes épocas. Por fin se adentró en el espacio que se abría a la derecha y comenzó la anotación del contenido por lo que más llamó su atención, un coqueto escritorio de madera barnizada en tono oscuro, con dos cajones bajo el tablero que cerraba la parte superior. Se abría este con una pequeña llave que aparecía inserta en la cerradura que adornaba su centro, convirtiéndose de este modo en el apoyo necesario para la función a la que estaba destinado. Su ojo experto dictaminó la época a la que correspondía este mueble, finales del dieciocho, así como la finalidad para la que había sido elaborado, una escribanía probablemente destinada a una mujer, dado el tamaño y los grabados florales que adornaban los laterales y el tablero. Enseguida entendió que pertenecía a los escasos objetos que quedaron almacenados en la tienda de Roma, tras ser recuperados y trasladados por su padre al cierre de esta, y pensó que era buen momento para subirlo a la parte principal

de la tienda y exhibirlo. De hecho se lamentó internamente de no haberlo hecho antes, pues se trataba de una pieza verdaderamente interesante, y se alegró de haber tenido aquella tarde la idea de bajar a inspeccionar el sótano. Abierto el tablero que daba acceso al interior del escritorio, pudo comprobar su distribución: un panel de la misma madera, dividido en pequeños compartimentos y, a ambos lados, pequeños cajones rematados con bonitos tiradores metálicos. Comprobó que todo ello se encontraba vacío. Sin embargo, tras la inspección realizada y al ir a cerrar el tablero, observó sobre el espacio que quedaba entre la parte superior del panel y el techo interior del mueble, la presencia de unos papeles. Metió la mano para extraerlos y se encontró con una carpeta de color blanco sin cierres que protegía una lámina en la que se apreciaba un dibujo realizado con tinta negra. José la observó sorprendido. Primero allí mismo, con la precaria luz de aquel recinto, después, tras subir a la tienda y sentarse en la mesa que utilizaba para trabajar, con sumo detenimiento y recurriendo a sus conocimientos en arte pictórico. Cuanto más miraba aquella lámina más desconcertado se encontraba, tanto por lo que suponía que aquello podía significar como por las dudas que, al mismo tiempo, aquel descubrimiento le generaban. Al fin se decidió a sacar su móvil del bolsillo de la chaqueta y realizar una llamada que pudiera auxiliarlo.

—Buenas tardes Ferrero, perdone que le moleste..., supongo que está ocupado en... Bien, gracias, le agradezco que me atienda. Se trata de lo siguiente, revisando un antiguo escritorio perteneciente a las piezas que mi padre trasladó desde Roma, que se encontraba en el sótano, he encontrado una curiosa lámina que, desde luego podría estar equivocado, pero parece corresponder a una calcografía de Goya. En ella aparecen tres figuras. Una de ellas es fácilmente reconocible, pues se trata claramente de Fernando VII; las otras dos son muy curiosas: aparece una mujer que no identifico, no sé si se tratará de alguna de las cuatro esposas que tuvo este rey, y por último, la figura de un niño. Que yo sepa, Fernando VII no tuvo descendientes varones. Todavía más curiosa es

la inscripción que aparece al dorso... ¡Ah, gracias! No pensaba que pudiera venir con tal premura, pero se lo agradezco, aquí le espero en la tienda. Hasta ahora mismo.

Gerardo Ferrero, catedrático de Arte en la Complutense y estudioso de la pintura del siglo diecinueve, no tardó ni una hora en llegar a la tienda de antigüedades de José Pavesse. Ambos mantenían desde tiempo atrás una cordial relación profesional, pues José acudía a él para buscar asesoramiento experto en asuntos relacionados con obras pictóricas y el profesor Ferrero rastreaba periódicamente en su tienda en búsqueda de objetos de su interés. A José le alegró la rapidez con la que Ferrero acudió para valorar su descubrimiento.

—Veamos esa extraña lámina —comentó Ferrero apareciendo en la tienda, al tiempo que ofrecía su mano para saludar al anticuario. José recogió de su mesa aquel grabado en tinta negra sobre papel avitelado en tono hueso y se lo entregó. El profesor lo examinó con ojo crítico durante un buen rato, después le dio la vuelta y se detuvo en la inscripción que aparecía al dorso. A continuación, fijó su mirada en José durante un buen rato antes de emitir comentario alguno. Este esperaba con atención la opinión del experto.

—¿Tiene usted idea de lo que ha encontrado?

—Por lo que yo he deducido, echando mano de mis conocimientos pictóricos, que ya sabe son limitados y por eso recurro para ello a usted, se trata de una lámina realizada por el sistema calcográfico y atribuible a Goya. La inscripción al dorso, indicando que se incluye en el tema de *Los Desastres de la Guerra*, podría justificarlo. Lo que no puedo saber es la autenticidad de la obra. Tampoco el porqué de su permanencia en ese escritorio y su procedencia romana, pues de allí procede el mueble.

—Ya sé que lo suyo, más que la pintura, es el mobiliario de época, pero ha deducido usted muy bien. En mi opinión se trata de una calcografía procedente de una plancha muy probablemente atribuible a Goya. ¿Sabe usted la técnica que el pintor utilizó con tanto éxito?

—Creo recordar que Goya dibujaba directamente con un bru-

ñidor de acero sobre una plancha de cobre barnizada, ¿no es así?

—Efectivamente, a continuación, introducía la plancha en un baño de aguafuerte que corroía el metal por la parte dibujada quedando esta lista para entintar y grabar la imagen sobre un papel, realizando después las copias que se quisieran hacer. Lo verdaderamente sorprendente es que esta lámina, y la supuesta plancha que le da origen, no están catalogadas en la colección de *Los Desastres*. Más sorprendente aún es la presencia de los personajes que acompañan al rey Fernando VII, porque estoy totalmente de acuerdo con usted en que de tal se trata. Él aparece representado con el uniforme de coronel de Guardias, en postura similar al cuadro que Goya pintó por encargo del Ayuntamiento de Santander cuando el rey regresó de Francia. La mujer, con elegante porte y vestido lujoso, parece claramente una dama de alcurnia. Es curioso que el niño, situado entre ambos, aparece con ropaje algo vulgar, más propio de campesinos que de nobles.

—¿Cree usted que la mujer es alguna de sus esposas?

—Tendría que revisar detenidamente sus retratos y comparar las imágenes, pero no me lo parece. Además —en ese momento Ferrero puso la lámina delante de la cara de José—, lea usted el texto completo al dorso, por favor.

—Dice textualmente: «Continuación de *Los Desastres de la Guerra. El rey y la Princesa de Asturias*. Burdeos, 1824».

—La única Princesa de Asturias sería su hija Isabel, la futura Isabel II, y da la casualidad de que en ese año aún no había nacido. Por otro lado está la figura del niño, y Fernando no había tenido más hijos, las mujeres anteriores a la madre de Isabel no le proporcionaron descendencia viva.

—Se trata de una obra extraña y, al parecer, desconocida hasta la fecha.

—Totalmente desconocida. Estamos ante un hallazgo único, querido amigo, que puede tener suma trascendencia artística e histórica. Algo importantísimo que usted ha sacado a la luz. Mi pregunta ahora es, ¿qué piensa hacer con ello?



# Empresa constructora Entesa

Madrid, junio de 2019

Marisa Fueyo, secretaria personal de Arturo Valdés, conocía de sobra las costumbres de su jefe y había intentado rechazar la llamada telefónica de la persona que aquella tarde pretendía hablar con él. Sin embargo, tal había sido la insistencia inicial y las posteriores amenazas del interlocutor, advirtiéndola de las funestas consecuencias que podría acarrearle el hecho de obstaculizar la comunicación con el director, que se atrevió a llamar al despacho de este.

—Perdone, don Arturo, ya sé que no quiere que le pasemos llamadas a estas horas de la tarde, pero la persona que llama insiste en que se trata de algo grave y urgente. Incluso se ha puesto algo desagradable.

—¿De quién se trata, Marisa?

—Su nombre es Gerardo Ferrero.

—¿Gerardo Ferrero? No se preocupe, pásemelo.

Mientras esperaba la conexión telefónica, Valdés pensó que no era muy habitual que Ferrero le llamase a su despacho en la empresa. Algo grave debería ocurrirle, ya que no era persona que se alterase, muy al contrario, siempre hacía gala de esa especie de pose mayestática que muchos profesores exhiben, aparentando que se encuentran muy por encima del común de los mortales. Desde luego, cuando la voz de Ferrero irrumpió en su auricular, comprobó que, efectivamente, contenía un tono marcadamente ansioso.

—Calma, Gerardo, calma... No me extraña que hayas asustado a mi secretaria. ¿Por qué no has esperado a que tuviese conectado el móvil para llamarme? ¿Qué me cuentas de un anticuario?

—Perdona, es que he estado intentando mantener la mayor tranquilidad posible durante el acontecimiento que he vivido para no delatarme, pero después, una vez que me he quedado solo, no he podido reprimirme.

—Pues cuéntame despacio y con orden qué es lo que ha ocurrido.

Durante varios minutos Ferrero relató su visita a la tienda de antigüedades de Pavese y describió con todo detalle el hallazgo y las características de la lámina que había evaluado. Valdés, tras escuchar pacientemente, guardó un momento de silencio asimilando lo que había escuchado. Ferrero, inquieto ante ese silencio, volvió a hablar.

—¿Te das cuenta del significado de ese hallazgo? Se trata del rey, de la princesa y del hijo... La existencia de ese retrato no era una leyenda...

—Me doy perfecta cuenta, Gerardo, y mi cabeza trabaja a mil por hora. Estamos ante un hecho insólito. Esa lámina es real y, por lo tanto, existe el retrato de quien tanto nos interesa y en compañía de quien también nos interesa, una prueba de la autenticidad histórica de nuestro líder. También me doy cuenta de que no se trata de un simple grabado, puesto que esa lámina se ha tenido que realizar con una plancha. Tenemos que apoderarnos de ambas cosas, por supuesto sin despertar sospechas. ¿El anticuario ha encontrado datos que lleven hacia la localización de esa plancha?

—Ninguno. Solo tiene el grabado. El mueble en el que ha aparecido procede de una colección de la tienda que su familia tuvo en Roma.

—Por ello podemos deducir que la lámina estaba en posesión de la princesa, ya que esta pasó sus últimos días en esa ciudad, y que, por alguna razón, terminó depositada en la tienda de antigüedades, dentro de ese escritorio. ¿Qué piensa hacer el anticuario? Pavese me has dicho que se llama, ¿no es así?

—Exacto, José Pavese. Es mayor, tiene tiempo, dinero y se ha ilusionado con el hallazgo. Lo he estimulado todo lo posible, incluso le he orientado para una posible investigación sobre la plancha y está pensando en viajar a Francia para indagar. Se me ha ocurrido que lo mejor era darle cuerda con el asunto que había descubierto.

—Bien hecho, Gerardo, que nos haga el trabajo inicial de búsqueda. Por supuesto que hay que poner agentes pegados a su sombra. Ya sabes a quién tienes que recurrir.

—Por supuesto. Yo he pensado coger unos días libres y desplazarme a París para ir adelantándome a los acontecimientos.

—Me parece bien. Voy a ponerme en contacto directamente con el Consejo del Líder para informar de todo esto. Aprovecho para decir que vas a viajar hacia allí y a trabajar con ellos. Quizás sería conveniente que tuvieras una segunda reunión con el anticuario antes de irte, para insistir en tus sensaciones de que la lámina es auténtica y continuar animándole a que investigue. Después no te dejes ver más, no vaya a sospechar que tienes un interés más allá de lo meramente artístico. Un abrazo, Gerardo, y buen trabajo.



## La Princesa de Asturias

Roma, julio de 1854

Roma es la ciudad a la que amo por encima de todos los lugares en los que he habitado, y vive el cielo que mi cuerpo ya ha dado unos cuantos tumbos por estos mundos de Dios. Aquí, en Vía del Corso, en este palacio en el que nos instalamos a nuestra llegada en mil ochocientos veintiocho, soy feliz con mis hijos Napoleón Carlos y Batilde Eloisa. Los únicos que quedan ya a mi cuidado y que ya pronto volarán dejándome sola. No me importa la soledad, desde que Carlos Luciano y yo nos separamos el pasado mes de febrero me preparo para convivir con ella. De hecho, ya he retomado mis ejercicios de arpa que, como tantas otras cosas, había dejado de lado, imbuida en los cuidados familiares y en la ayuda a mi marido en sus trabajos como naturalista. De estos últimos esfuerzos queda mi nombre para la posteridad asignado a una paloma, curioso regalo de Carlos como pago a mis servicios de ayudantía. Su nombre quedará inscrito en el elenco de ornitólogos famosos mientras el mío lo pasará por este mundo una tórtola. Tampoco creo que, en justicia, pueda aspirar a mucho más, parece que lo volátil ha llegado a ser una constante en mi naturaleza.

El comienzo de este mes de julio me está resultando pesado. El calor empieza a ser agobiante, mi salud comienza a flaquear y me invade un estado de melancolía. Mi fiel Alessia dice que tanto parto como he tenido me ha pasado factura. Yo creo que tanto viaje y tantas vicisitudes han completado un desgaste que mi físico

afronta ahora y que, según creo, va a acompañarme como perenne recordatorio de lo que ha sido mi vida. Sin embargo, una cosa buena tiene este estado, esa melancolía que lo acompaña, que no es tristeza sino un recrearse con emoción en los recuerdos, invita a repasar los acontecimientos que te han ido conformando, con los que has llorado y reído, en los que te has aventurado y también a los que, por miedo o rechazo, despreciaste y ahora te pesa haberlo hecho o, por el contrario, te alegra. Éxitos, fracasos..., en la distancia temporal se convierten en experiencias, y solo en eso.

La tarde comienza a declinar y una cierta brisa penetra ahora a través de las rendijas de la celosía de la ventana a la que me encuentro cercana. Los recuerdos se agolpan desordenados en mi cabeza. Me he dejado atrapar por este estado, he abierto de par en par la puerta a la memoria y a los sentimientos y, si quiero disfrutar de ello, he de poner orden.

Mis primeros años de infancia en París están llenos de recuerdos que si permanecen en mí es gracias a las narraciones familiares. Mi madre, María Julia, estaba muy satisfecha con mi nombre: Zenaida Leticia Julia. Ella lo había elegido muy a su gusto, incluyendo el suyo propio al final. Era princesa imperial francesa, pues al estar casada con el hermano mayor del Emperador, lucía por derecho ese rango. José, mi padre, se mostraba muy orgulloso de mí. Al haber fallecido nada más nacer mi hermana Julia Josefina, quedé como su primogénita y siempre tuvimos una relación muy especial. Fue un hombre bueno y culto, comprometido con su tiempo, si bien la suerte no correspondió a sus esfuerzos y el convulso tiempo en el que le tocó pelear no le hizo justicia. Hace tiempo que he comprendido que la sociedad tolera mal a quienes no se suman a las directrices generales, las más de las veces marcadas por la costumbre, el miedo al cambio y, sobre todo, por la desmedida ambición de algunos grupos.

Los años durante los que, por encargo de nuestro glorioso emperador y tío mío, Napoleón Bonaparte, mi padre reinó en Nápoles, no dejaron ninguna impronta en mí. Conozco los hechos con

posterioridad, merced a las interminables conversaciones con mi padre durante nuestro exilio en América.

Mis recuerdos comienzan a ser más nítidos en España, país al que llegué cuando estaba cerca de cumplir los once años, acudiendo a la llamada de mi padre. Él había sido designado rey de España por su hermano en junio de mil ochocientos ocho, tras una jugada maestra que este realizó en Bayona reuniendo al rey Carlos IV con su hijo Fernando en un gesto aparentemente conciliador. Ambos mantenían un abierto enfrentamiento en ese momento y Napoleón los convenció para que cediesen la corona de España a la dinastía Bonaparte, como único medio para poder pacificar el país, ya tremendamente soliviantado por la situación de la corona y la presencia de tropas francesas que el Emperador había ido introduciendo. Un ardid político propio del genio y del conocimiento sobre las personas que poseía Napoleón, aprovechando sabiamente la estupidez y la ambición de los Borbones españoles.

Mi padre amaba y admiraba a su hermano a partes iguales. Compartía con él la idea de reunir Europa bajo un único gobierno inspirado en los valores de nuestra Revolución de mil setecientos ochenta y nueve, promoviendo la abolición del feudalismo y del absolutismo, la participación de la burguesía y una mayor extensión de la cultura entre todos los estratos sociales. Honesto, dialogante y muy culto, intentó gobernar en España abordando los arcaicos problemas que este país arrastraba desde siglos, merced a los reinados absolutistas, al clericalismo, a la incultura y a las escandalosas diferencias sociales, pero los que estaban destinados a ser sus súbditos se lo impidieron. Promulgó un Estatuto, creó ministerios, modernizó la capital con nuevas obras arquitectónicas, intentó crear un museo de arte al estilo de otras capitales europeas, potenció el teatro como vehículo importante de difusión de nuevas ideas; pero los españoles, empeñados en sacudirse la ocupación y ayudados por Inglaterra, que veía la ocasión de potenciar su enemistad con Francia, le mostraron su odio y repulsa. Tan solo un grupo, los denominados «afrancesados» por sus compatriotas,

supieron valorar los posibles beneficios que el proyecto napoleónico podría reportar, viendo la posibilidad de iniciar un periodo constitucional que sacase al país del estupor social y económico en el que se había instalado. Si bien, cierto es también, que no todos estaban dispuestos a que tal cosa fuese tutelada desde un país extranjero. En esa ilusión trabajaron en Cádiz en mil ochocientos doce promulgando su constitución. Pero el pueblo, en general, no dudó en dedicar burlas al rey José y apodarlo como *Pepe Plazuelas* o, incluso, *Pepe Botella*, haciendo correr el bulo de que era un vividor y un borracho, desde luego nada más alejado de la realidad. En definitiva, lo vieron como una injerencia contra la que había que luchar. Al fin, tras la alegría de la derrota final francesa en Vitoria y la reposición borbónica con el *Deseado* Fernando, no tuvieron más remedio que aceptar la dolorosa realidad que se impuso, pues este, ya antes de entrar en Madrid, desde Valencia, abolió la Constitución de Cádiz y restauró el absolutismo, con el evidente beneplácito de la nobleza y el clero.

Mi madre siempre se mantuvo en París con mi hermana Carlota, custodiando los intereses de la familia en Francia. Yo llegué a España en mil ochocientos once. Mi padre se sentía muy solo y añoraba alguna presencia familiar junto a él, especialmente la mía, si bien esto no le había impedido contar con algunas amantes. Cuando yo llegué su consuelo de turno lo ejercía la baronesa Burke, esposa del embajador de Dinamarca, mujer simpática, algo entrada en carnes y, a mi juicio, bastante escasa de talento.

Tal y como me correspondía fui tratada como infanta de España, y a mi padre le hubiera hecho ilusión que se me considerase Princesa de Asturias, tal y como querían, y así me llamaban, sus amigos más cercanos, Goya y Moratín entre ellos, a los que recuerdo con gran cariño. Sin embargo las reglas de sucesión de la casa Bonaparte, establecidas por Napoleón, excluían a las mujeres y habría que esperar a un hijo varón de mi padre o, en su defecto, la sucesión pasaría de nuevo a manos del Emperador.

Duró poco mi estancia en la corte de Madrid. Lo que hasta entonces habían sido escaramuzas de guerrilla por parte de los españoles, más o menos contenidas por el ejército francés, finalizó con una gran ofensiva conjunta con ingleses y portugueses en el verano siguiente, ocasionando la derrota de las tropas francesas en las colinas de Arapiles, al sur de Salamanca, y con ello la retirada de mi padre de Madrid a Burgos. Desde allí, dados los peligros que parecían avecinarse, fui trasladada a Vitoria y después, tras una breve estancia en esta ciudad, regresé definitivamente a París.

Mi padre sufrió enormemente con su fracaso español. Ya en su exilio reconoció sin ambages que su hermano, a pesar de su sagacidad política y militar, no había calibrado adecuadamente la realidad española, ni el avispero en el que lo introducía. Ni siquiera lo valoró cuando, al poco de instalarse mi padre en Madrid, tuvo que intervenir militarmente para reinstaurar la situación tras la derrota de las tropas francesas a manos de las españolas en Bailén. Solo mucho más tarde, el propio Napoleón reconocería haber sido el causante de la guerra española al nombrar rey a mi padre. Guerra que significaría el comienzo de la decadencia de sus deseos de expansión territorial y control político.

Nuevamente en mi casa de París, junto a mi madre y mi hermana, comenzó mi vida social pues ya la edad alcanzada permitía que participase en reuniones y fiestas, por supuesto siempre bajo la tutela de mi madre y ahora en calidad de princesa francesa con tratamiento de alteza imperial. En una de esas fiestas conocí a Fernando de Borbón, que por entonces, a mi regreso de España, permanecía «invitado» por Napoleón en Valençay. Fernando había solicitado mi mano, en uno de esos gestos de amistad que mantenía permanentemente con el Emperador. Como persona sumamente ambiciosa y astuta que era, había comprendido que nada podía hacer frente al poderío francés y no cejaba de adular a Napoleón intentando unir sus intereses a los de él. No dejaba de resultar verdaderamente curioso que mientras los españoles lo suponían sufriendo duramente un confinamiento en manos francesas y lu-

chaban con ahínco por su regreso, su vida en Valençay era desenfadada y holgada, y su adulación a las autoridades francesas digna del taimado carácter que posteriormente demostró.

Sonríó ahora al recordarme entonces, soñadora, inexperta y deslumbrada por una propuesta que podría suponer para mí un matrimonio conveniente. Desde luego no llegué a pensar en regresar a España como reina. Por supuesto que estaba segura de que mi padre sofocaría las revueltas en España y que la dinastía Bonaparte continuaría ejerciendo el poder en este país. Sin embargo una relación con un príncipe perteneciente a una antigua e importante familia, bien relacionada aparentemente con la mía, y muy experimentado a mis ojos, no solo por rebasarme ampliamente en edad sino por haber enviudado ya de su primera mujer, María Antonia de Nápoles, me pareció sumamente interesante de cara a mi futuro. Así pues viajamos desde París para acudir a la fiesta organizada por Fernando en el castillo en el que residía y allí nos encontramos por primera vez. No muy alto, algo cargado de cintura y caderas, tenía un mentón prominente que no me gustaba como le componía la cara. Sin embargo, me gustaron sus ojos, pequeños, oscuros y vivarachos, parecía hablar con ellos. Su desparpajo y simpatía en el trato también me agradaron. A mis doce años me sentía halagada por las atenciones de un príncipe de veintinueve que me hablaba con galantería y consideración y que bailó conmigo en varias ocasiones, alguna de ellas superando lo cortésmente necesario. Al final de la fiesta hizo gala de su virtuosismo con la guitarra, lo que suscitó la admiración de sus invitados y, por supuesto, también la mía.

Sin embargo nada de ello llegó a buen puerto, algunos meses más tarde mi padre tuvo que abandonar España tras las derrotas infringidas a nuestras tropas y Fernando regresó a España para ocupar el trono que los españoles le ofrecían.

Escaso tiempo duró también la estancia de mi padre en Francia. Tras la derrota de Napoleón a manos de la coalición europea, con su consiguiente abdicación en Fontainebleau y el exilio a la isla de Elba, se trasladó a Estados Unidos, y yo lo acompañé. Mi madre

tampoco ahora quiso salir de Francia y quedó al cuidado de mis hermanos y de los intereses familiares, pero yo no quise dejar solo a mi padre. Aunque el paso del tiempo me ha hecho ver que quizá aquella decisión no fue tan desinteresada como yo me la planteé. Así me lo han ido demostrando mi gusto por los viajes y ese curioso sentimiento que he llamado «volatilidad» y que me ha ido proporcionando un permanente deseo de cambio, un cierto estado de tedio ante lo estático y repetitivo.

Nos instalamos en Nueva Jersey, en la localidad de Bordentown, en donde mi padre construyó una preciosa mansión a la que dotó de lujoso mobiliario y adornó con numerosas obras de arte, sin olvidar la creación de una biblioteca que fue enriqueciendo con una magnífica colección de libros abarcando diversos temas. Durante los cuatro años que pasé allí gocé de maravillosas experiencias que han marcado mi vida sobremanera, pues nos relacionamos con numerosos miembros de la clase política norteamericana, así como con artistas y escritores. Él se adjudicó el título de conde de Survilliers, en recuerdo del lugar en el que una vez vivió y de una época que, según repetía, había sido de reposada felicidad ejerciendo tareas políticas en Francia, antes de que se viese impulsado a la vorágine que finalizó llevándole hasta el exilio. A mí, que lo acompañaba a todas sus reuniones y fiestas, me presentaba como princesa francesa. Estos tratamientos eran ampliamente celebrados por los americanos, siempre fascinados por la idea que tenían sobre las monarquías europeas y toda la parafernalia que a estas acompaña.

Regresé a París en mil ochocientos dieciocho. Francia había optado por la reposición borbónica habiendo accedido al trono Luis XVIII y mi madre demandó mi presencia pensando en un plan para mi futuro, que no era otro sino una reiteración de aquel iniciado y no concluido años antes, mi matrimonio con Fernando, ahora rey de España.

Una vez repuesto en España y recientemente enviudado de su segunda esposa, María Isabel de Braganza, la corte buscaba nueva

consorte dado que no había descendiente varón y la hija nacida de esta unión había fallecido a los pocos meses de vida. Parecía la ocasión propicia para un acercamiento entre los dos países, si bien la corte de mi país, aún gobernando de una manera constitucional diferente al estilo español, no veía exactamente con buenos ojos que un miembro de la casa Bonaparte participase en una monarquía borbónica. No obstante, mi madre apoyada por parte de la nobleza y algunos notables me envió a España y consiguió que me viese con Fernando.

Indudablemente esta fue la peor experiencia de mi vida, y no solo por el breve y dramático suceso acaecido con Fernando, sino por las consecuencias que se derivaron y que ahora se han hecho presentes en mi ya gastada vida.

Habían transcurrido ya cinco años desde que lo conocí en Valençay. Había cumplido treinta y cuatro y su aspecto había sufrido cambios notables en este tiempo. Su gesto era adusto, como si le costase expresar una mera sonrisa. Su boca, prolongada hacia abajo por el prominente mentón, componía una apariencia tal que parecía manifestar continuo asco hacia todo lo que le rodeaba. Sus ojos, que recordaba vivaces, me produjeron miedo por la frialdad que ahora veía en ellos. Había engordado bastante y los excesos gastronómicos parece que le habían hecho sufrir un ataque de gota del que no se encontraba totalmente recuperado, a tenor de la leve dificultad que mostraba al caminar. Sus modales no fueron corteses, tal y como recordaba que había exteriorizado antaño conmigo, ya que su trato ahora, tras recibirme en palacio, fue distante y frío, a excepción de algunos momentos en los que su mirada se quedaba adherida a mi escote. Se interesó por mi familia, no tanto por mi padre ya que era de suponer que el papel que desempeñó en España no era precisamente de su agrado, pero sí preguntó extensamente por mi tío Napoleón. Creo que en el fondo siempre le admiró y lo envidió profundamente. Recordamos tiempos pasados en Francia y me despidió sin manifestar ninguna galantería o frase con segunda intención que me hiciese valorar un interés hacia mi persona.

Sus consejeros ya le habían alertado sobre los motivos por los que yo había sido enviada a Madrid, a pesar de que mi visita, al menos aparentemente, obedecía a una cortesía personal, y no creo que todos viesen con buenos ojos mi presencia. El duque de Aragón, que me introdujo ante el rey en mi primera visita a palacio, me recibió poco menos que con hostilidad. Algo después pude deducir que la corte abogaba por un tercer enlace del rey con María Josefa Amelia de Sajonia, con la que efectivamente se casó apenas un año más tarde. No obstante, yo intenté mantener lo mejor posible la dignidad y finalizar aquella visita cumpliendo con la responsabilidad que se me pedía. Así que solicité una segunda audiencia con Fernando con la intención de despedirme y poder certificar que ni yo ni mi familia contábamos en sus planes de futuro.

No podía imaginar que Fernando llegase a caer en tal brutal bajeza y llegar a pagar conmigo su odio hacia lo que para él representaba mi familia. Muchas veces me viene a la cabeza, produciéndome arcadas, aquella escena en la que me recuerdo brutalmente tumbada boca abajo sobre la alfombra que tapaba el suelo de aquella pequeña sala en la que me había recibido, inmovilizándome con una de sus manos sobre mi nuca mientras con la otra subía la falda de mi vestido y me bajaba las enaguas. Es curioso como la mente relaciona los recuerdos. Desde entonces, cada vez que algo me duele, la memoria desempolva los grabados de aquella alfombra sobre la que aguanté las embestidas y los gemidos de aquel monstruo envilecido.

Cuando pude recomponerme en lo posible, todavía confusa y sin poder creer lo ocurrido, observé su mueca irónica y sus ojos terribles, malignos, que me hicieron correr hacia la puerta y salir de aquella estancia. Fuera se encontraban dos ayudas de cámara y uno de los nobles consejeros, cuyo nombre no recuerdo, que me recibieron con gestos sarcásticos, casi obscenos. Con claridad vi que todo estaba tramado de antemano para demostrar lo que mi presencia allí significaba para ellos. Una doncella me ayudó a bajar al patio donde esperaba el coche que me había traído y que me llevaría de nuevo a

mi alojamiento de la calle Luna, en casa de María Teresa Montalvo, la condesa de Jaruco, que había sido amante de mi padre y pertenecía a la nobleza liberal, contraria al absolutismo de Fernando. Ella y su grupo supieron valorar claramente lo acontecido: el desprecio del rey y sus allegados hacia los sectores más liberales y ante su pretensión de influir en su política despótica y aislada, utilizándome a mí como factor influyente. Con la condesa pude desahogarme y fue ella la que me aconsejó prudencia sobre el hecho, no convenía airear tamaña vileza sobre el rey. Además ya estarían preparados en la corte para desmentirlo y considerarme a mí una desesperada buscona, enviada por mi familia y por los sectores afrancesados, y tampoco convenía bloquear mi futuro con tal acontecimiento que siempre actuaría socialmente en mi contra. Pasados unos días pude volver a mi casa llevando una explícita carta de la condesa en la que ponía a mi madre al corriente de todo y le explicaba las razones por las que consideraba que había que silenciar lo ocurrido. Con esto último mi madre se mostró totalmente de acuerdo.

Así hubo que continuar actuando cuando el resultado de aquella vileza comenzó a notarse en mi cuerpo. Mi madre se encargó de todo. Una discreta estancia en la finca familiar situada en Messy, a pocos kilómetros de París, aduciendo la necesidad de una recuperación por mi parte de una ligera anemia clorótica con afectación nerviosa, propia de mujeres jóvenes. Un discreto parto, atendido por una comadrona experta traída desde la capital y generosamente retribuida, tanto por sus servicios como por su silencio. Y, al fin, la donación del recién nacido a los cuidados de la pareja que llevaba el control de los asuntos de la finca, el matrimonio Blanc. La presencia de una boca más en su mesa no sería en modo alguno gravoso, teniendo en cuenta que su participación en aquel asunto aseguraba su trabajo y aumentaba sus emolumentos.

Apenas había cumplido los dieciocho años y cargaba en mis espaldas con una acción violenta cuyas consecuencias me habían sumido en un complejo estado emocional. Tardó en borrarse de mi memoria el terrorífico desenlace en aquella sala de la casona

campestre, con la adusta mujer que, metida entre mis piernas, me instaba imperiosamente a empujar, mientras yo sudaba y jadeaba sintiendo que mi interior se iba a rasgar de un momento a otro. Mi madre y la mujer del capataz asistían nerviosas al suceso cumpliendo las órdenes de la comadrona, aportando diligentemente agua caliente y toallas. Todo ello concluido con la separación de aquel niño que había llevado en mis entrañas sin darme apenas tiempo a reconocer sus facciones. Ahora todo ha quedado enterrado en la profundidad de mi cerebro. Sin embargo, ocasionalmente, aflora al exterior empapando mis ojos y embargándome con una extraña angustia.

Cuando regresé a París mi ánimo no se había recuperado. Había caído en un estado de postración y desgana que preocupó a mi madre. Ella, siempre con su frío sentido pragmático, pensaba que todo el asunto había quedado satisfactoriamente resuelto y que yo debería estar tranquila y continuar adelante con mi vida. Decidió que mi hermana Carlota y yo viajásemos a Bruselas, acompañadas por Souzette, una de nuestras más fieles sirvientas, para instalarnos en una casa de nuestra propiedad al lado de la Grand Place. Allí, lo que iba a constituir una estancia pasajera, se prolongó durante tres años, tiempo suficiente para que pudiese valorar adecuadamente y aceptar con sosiego lo que mi vida me había deparado hasta entonces. Sin embargo, no podía dejar de sentir un sutil hilo emocional de conexión con aquel niño al que llevé asustada en mis entrañas y del que me desprendí en un estado de estupor. Intenté interpretar esa época vivida, desde el ataque sufrido por Fernando hasta poco después de mi llegada a Bruselas, como un período despersonalizado en el que las circunstancias no solo me dominaron, sino que, además, fueron manejadas externamente a mí. Ese hilo residual de conexión fue el que hizo que, unos años más tarde, me embarcase en algo que no sé muy bien si fue lo más acertado, viendo ahora lo que ha acontecido y la inminente llegada de las personas que, hace unos días, me anunciaron su visita.

Pero mi mente continúa ahora anclada en Bruselas. Junto a mi hermana conseguí volver a la suave felicidad de la rutina, de las aficiones recuperadas y de la vida social. Mi primo Carlos Luciano había regresado de Italia y me visitaba con frecuencia durante los periodos en los que no viajaba a París. Su dedicación a las ciencias naturales, y en particular a la Ornitología, ya le habían introducido en la élite científica europea y su talante personal era cordial y afectuoso. Su interés por mí resultó muy satisfactorio en un momento en el que necesitaba una relación emocionalmente estable con alguien cálido, sincero y culto, cualidades que él me mostró claramente.

Nuestro matrimonio se celebró allí mismo, en Bruselas, el veintinueve de junio de mil ochocientos veintidós, y enseguida partimos para Estados Unidos. Yo ansiaba ver a mi padre y Carlos se interesaba por la fauna americana, así es que nos instalamos en Bordentown, en donde di a luz al primero de mis doce hijos.

Dos años más tarde, aquella persistente conexión emocional con el pasado de la que no lograba liberarme, hizo que volviese sola a Francia. Con el pretexto de ver a mi madre y a mi hermana, mientras mi esposo viajaba por Nueva Jersey persiguiendo especies de pájaros y mi padre mantenía sus actividades sociales, dejé al pequeño José Luciano al cuidado de sus niñeras y me embarqué hacia mi país. Una vez allí planeé una visita a la finca de Messy esperando el momento más oportuno y discreto posible, pues no quería que mi madre se enterase, ya que seguramente intentaría disuadirme y, en cualquier caso, me lo pondría muy difícil. La ocasión se presentó con claridad cuando, por medio de amistades comunes, me enteré de la estancia de Francisco de Goya en Burdeos, acompañado de Leocadia y de Rosario. No sé de qué manera surgió la idea, pero no lo pensé demasiado. Con el pretexto de visitar al pintor y llevarle noticias de mi padre alquilé un coche, viajé a la finca, recogí a François, así lo habían llamado sus padres adoptivos, pagué una cantidad a estos asegurando que mis intenciones tan solo se centraban en pasar unos días con él, por supuesto sin revelar en ningún momento mi identidad, y partí para Burdeos.

François tenía cuatro años y era un muchacho despierto que físicamente no se parecía al padre que tan brutalmente lo había engendrado. Estaba fuerte, tenía los colores de todo niño criado en el campo y el comportamiento y maneras de tal crianza, pero estaba muy espabilado y su natural era curioso y alegre. Se mostró encantado de que la señora de las tierras que sus padres cuidaban hubiera decidido llevarle a un viaje con el pretexto de no hacerlo sola. A su edad no cabían más interpretaciones, tan solo la infinita alegría de una nueva experiencia para él. Para mí la situación resultó confusa, odiaba lo que aquel niño representaba, al tiempo que un extraño e indefinible sentimiento, mezcla de afecto y de culpa, me atraía hacia él.

Cuando llegué a la calle de la Croix-Blanche y llamé a la puerta de la casa que Goya ocupaba, fue Leocadia la que abrió y me saludó afectuosamente. Durante mi estancia en España visitó palacio en varias ocasiones con su hija Rosario, que me saludó a continuación, y siempre tuvimos un trato muy cordial. No se me escapó que ambas miraron a François con cierta curiosidad. Les sorprendía, amén de su presencia conmigo, su aspecto y vestimenta sencilla, poco acorde con la que yo llevaba, pero no preguntaron nada. Me llevaron hasta el salón en el que Goya se encontraba, ya de pie dispuesto a saludarme. Lo encontré envejecido y expresaba cansancio en sus ojos. Su sordera había empeorado y compensaba con fijeza en los labios de sus interlocutores lo que la trompetilla ya no le proporcionaba tan satisfactoriamente. Siempre le profesé admiración y su arte me fascinaba tanto como lo había hecho a mi padre, con el que había mantenido una cordial amistad y un mutuo reconocimiento. Le di nuevas sobre él, sobre mi familia y sobre mí misma. Al poco, intuyendo Leocadia por mis gestos que quería hablarles de algo más íntimo, dejó a François en la cocina disfrutando de una suculenta merienda, permitiendo de esta manera que pudiera expresarme con plena libertad. Así pues, les hablé del niño y de sus antecedentes, algo que me permitió expresar lo que había mantenido oculto en mí durante tanto tiempo; después pasé a exponer el principal motivo de

mi visita: aparte de saber nuevamente de ellos, quería que el maestro me retratase con François. La idea había ido madurando en mí desde que concebí la visita al pintor como pretexto para volver a ver al niño. Un retrato suyo me liberaba en parte de la culpa del abandono al que lo había abocado. Poseer algo de él, un recuerdo que, de alguna manera, me reconciliase con unos hechos que, si bien fueron sobreenvidados, dejaban en mí un poso amargo y un sentimiento oscuro y pegajoso de culpable error, tanto por las decisiones tomadas como por la ausencia de control sobre ellas.

Leocadia y Rosario comprendieron la situación y me proporcionaron gestos de cariño y de comprensión durante los días que allí estuvimos, alojados en su casa para no dejarnos ver demasiado por la ciudad. Goya también se hizo cargo de lo ocurrido, pero fue mucho más allá que nosotras. Lo comprobé cuando me presentó la lámina que en pocos días ejecutó. Había tomado unos breves apuntes del niño mientras jugaba en un rincón del salón, evitando en lo posible que él fuese consciente de ello. Después hizo otro tanto conmigo y se encerró en el cuarto que había habilitado para trabajar. No tardó demasiado en darme el resultado. No se trataba de un óleo, ni siquiera de un carboncillo, había ejecutado una plancha y con ella entintada había realizado la lámina que ahora me entregaba. Pero no solo esto era lo sorprendente para mí, además de retratarnos al niño y a mí, incluía en la obra al padre de la criatura, copiado de los apuntes que conservaba desde que realizó el retrato de este antes de su exilio a Burdeos. Yo intenté rechazarla, no comprendía porqué había reproducido a Fernando cuando lo que yo pretendía era un recuerdo mío con mi hijo, no una evocación de aquella tragedia. Él me acarició la cara y me habló con cariño: «Zenaida, no des la espalda a la historia. Ella te buscará siempre y tendrás que ser fuerte y estar dispuesta a responder ante ella».

Estas palabras resuenan ahora en mi mente y se hacen más presentes que nunca, pensando en las personas a las que espero. Es lo que ha estimulado mi memoria en esta tarde y ha excitado mis sentimientos. Efectivamente, la historia vuelve a mí de nuevo.